

CAPITULO XXI.

LA DISCIPLINA.

—Podeis decir lo que gustéis— replicó Federico el Grande— es indispensable socorrer á Troppau, el gobernador cuenta con un refuerzo, y sus tropas se desalientan; es imposible que se sostenga si no le enviamos pronto un auxilio.

—Debo objetar á V. M., señor, que eso es muy difícil. Troppau está bloqueado, y seria preciso atravesar el campo austriaco. Yo creo que el destacamento que pudiéramos enviar, á no ser que fuese muy numeroso, llegaria muy reducido á la plaza, por la sangrienta senda que habria de trazarse.

—No me es posible desmembrar mi ejército, que ya es bastante escaso. Convengo en que los soldados que enviaré serán la mayor parte sacrificados, pero no será inútil este sacrificio. Alentado el gobernador al ver la fidelidad con que le cumplo mi promesa, se aguantará algunos dias mas; y solo necesito el tiempo de preparar una batalla decisiva para volar yo mismo en su socorro.

—¿Y á quién dareis el mando del destacamento en cuestion?

—Solo un valiente podrá aceptar esta peligrosa comision. Es preciso que uno de vosotros, señores, tenga el valor necesario para aceptar el mando de la espedicion despues del fatal vaticinio que de ella acabo de hacer.

En este momento, un edecan del general Anhalt, uno de aquellos con quienes Federico estaba en conversacion, saliendo de un rincon de la tienda de campaña, donde estaba á la sombra, se aproximó al rey exclamando:

—Señor, si no hay demasiada ambicion en un mero capitán para hacerse matar, donde ese privilegio debiera corresponder á uno de sus superiores, me ofreceria á V. M.; pero tan gloriosa muerte no pertenece acaso á mi graduacion.

—La ambicion del peligró—respondió Federico—es siempre laudable; aprecio vuestro valor. Vuestro rostro no me es desconocido... ¿Cómo os llamis?

—Cárlos Albergheim.

—Tambien vuestro nombre ha llegado á mis oidos como el de un oficial que tiene mas de un género de mérito. Mr. de Voltaire me ha hablado varias veces de vos. Sé que cultivais las musas.... tambien yo les tengo bastante aficion, y siento mucho, os lo confieso, condenaros á morir casi sin apelacion. Os devuelvo vuestro ofrecimiento, sin dejar por eso de agradecerlo.

—Señor, en otro seria ese ofrecimiento una prueba de valor; en mí es solo una razon—replicó Cárlos melancólicamente.

—Ya lo entiendo; esperais un rápido ascenso... es muy justo. Pues bien, si el destino quiere que murais, habrán muerto los enemigos un capitán; pero si venceis el peligro, tendremos de mas en el ejército un bravo coronel sano y salvo.

—Agradezco á V. M. tanto favor; y le acepto únicamente por testimonio de que al encargarme de la empresa no hay en ella otra seguridad que la de morir.

—Bah!... mil veces he conocido yo por experiencia propia que las balas tienen miedo á los valientes. ¿Aprobais, general, que vuestro edecan me preste el servicio en cuestion?

—Señor, yo le animaria... si fuera necesario.

—Ahora precisamente me acuerdo—repuso Federico dirigiéndose á Carlos,—de todo lo que me han dicho de vos. Sois hijo único, y teneis madre, razones que me hacen vacilar en acordaros la gracia que me pedís. Sin embargo, si persistís en vuestros deseos, no me es posible rehusar á un valiente un medio seguro de poder ascender. Hoy á la una debe darse á conocer mi eleccion. Mañana por la tarde marchará el destacamento. Retiraos y reflexionadlo bien, sin que os arredre el temor de disgustarme y mucho menos de que dude de vuestro valor si desistís del empeño. Pero si á la una en punto no os he visto, os hago anunciar públicamente como jefe de la espedicion, y una vez la eleccion conocida, será irrevocable; no me conviene que se pueda creer que uno de mis oficiales retrocede ante el peligro.

—No será V. M. mas inexorable que yo mismo.

—Son ahora las once... teneis dos horas de tiempo, á la una os aguardo en la plaza de armas.

Carlos salió.

La imposibilidad en que la escasa herencia de su padre le habia puesto, de tener en el mundo un rango en armonía con el de su familia, y la particular educacion que habia recibido, habíanle forzado, á pesar suyo, á elegir la carrera de las armas.

Dejando á su madre la corta fortuna de su padre, adaptó el

uniforme para no llevar frac raído; pero cada dia se sentia mas fuera de su centro en la milicia.

La obediencia pasiva, automática, con que Federico niveló su ejército, avasallaba dolorosamente la existencia de Carlos.

Tan poco á propósito para mandar despóticamente como para obedecer con servilismo, no era buen oficial sino allí donde los oficiales son soldados, en el campo de batalla.

Aun le sonreía una sola esperanza.

Creía en el amor, en su poder, en sus ilusiones, en sus sueños, en su buena fé.

Esta vaga esperanza, tomó al fin una forma positiva.

Una linda jóven que habitaba una casa en el recinto donde Federico tenia el campamento de sus tropas hacia dos meses, habia logrado enamorar á Carlos con todo el amor que puede sentirse á los veinticinco años, cuando el corazon está ardiente como en lo mas bello de la juventud, y ya fiel á sus impresiones como en la edad madura.

¡Mas ay! al declarar su pasion á la beldad que la inspiraba supo que estaba casada con un capitan ausente á la sazón por asuntos del servicio militar; á quien aguardaba de un momento á otro para trasladarse á otro punto.

Margarita, que así se apellidaba la hermosa jóven, habia oido con la calma y dignidad de la honradez la declaracion de Carlos, y reprobándola con motivo de su estado, no le dejó mas que la insuficiente esperanza de una buena amistad.

Carlos, en su locura de enamorado, no quiso sobrevivir á un desengaño tan cruel, y buscaba la muerte que el gran Federico acababa de ofrecerle.

Con esto lograba á lo menos una cosa halagüena para su por-

venir: un fin honroso y cierta esperanza, que en vano queria disimularse, la cual le presagiaba que su muerte seria llorada por otra mujer además de su madre.

Mas de una hora permaneció en una postracion mental, de la cual le sacó repentinamente la vista de la casa donde Margarita vivia, hácia donde le habian conducido maquinalmente sus pasos.

¿Debia entrar en ella?

Vaciló mucho tiempo; pero se resolvió por fin á dar el último adios á su amada.

Llamó á la puerta con el corazon palpitante.

Abrió Margarita y se estremeció al ver á Cárlos.

Cárlos sorprendióse á su vez del cambio de aquella fisonomía que tan impasible habia dejado por la mañana.

Sus ojos inflamados, pálidas las mejillas, con surcos de lágrimas mal enjugadas, atestiguaban la lucha interior que habia agotado sus fuerzas.

—¿De qué nace ese dolor, señora?—esclamó Cárlos.

—Silencio—respondió Margarita—no estoy sola.

Precediendo al oficial, entró en la próxima sala, donde se hallaba sentado un hombre de aspecto grave.

Era un amigo de su marido el capitan Ostermann, que acababa de anunciarle que el tal regresaba aquel mismo dia.

Cuando Cárlos oyó esta noticia pensó con alegría en su próxima muerte.

—¿Habeis oido hablar, señora—preguntó el amigo del esposo—de ese descabellado proyecto de mandar un destacamento á Troppau atravesando el campamento austriaco? Mas humanitario seria enviarle á lanzarse en el Oder, toda vez que en el agua no hay mas que un género de muerte. Ciertamente es que ha de ser poco

divertido el morir ahogado; pero á lo menos no se corre el riesgo de quedar prisionero.

—Será un rumor falso—dijo Margarita con indiferencia, ignorando lo que podia interesarle este asunto.

—No por cierto, es cosa decidida, se han elegido los soldados. Tal es la fuerza de la disciplina militar, bajo el reinado de Federico, que ni uno solo ha osado hacerle una leve queja, una sola reflexion; únicamente los que tienen padres les escriben su última despedida. Solo una cosa es la que al parecer no está todavía resuelta. Se ignora aun el nombre del oficial que se sacrifica á mandar este destacamento.

—Yo puedo sacaros de esa curiosidad—dijo Cárlos.

—¿Se ha nombrado ya?

—Sí, señor.

—¿Y vos le conoceis?

—Como que soy yo mismo.

—¡Vos!—esclamó Margarita levantándose azorada, y dejándose caer otra vez en su silla mas pálida que una muerta.

—¿Os habrán designado de real orden?—preguntó el interlocutor que era tambien oficial.

—Lo he solicitado yo voluntariamente.

—Os aconsejo que retireis vuestra solicitud, si estais á tiempo de ello.

—Estoy á tiempo; pero no quiero retirarla.

Y el infeliz enamorado, dirigió con toda la amargura de la venganza sus ojos hácia los de Margarita, cuya actitud y expresion revelaban convulsiones interiores.

Entonces el viejo militar empezó una larga peroracion para demostrar á Cárlos toda la temeridad de su conducta.

Sus frios é interminables razonamientos hacian bullir la sangre en las venas de Margarita, que se levantaba y sentaba impaciente, queria hablar y temia decir demasiado, se proponia callar y temblaba por el inminente riesgo de Cárlos.

Marchóse por fin el viejo oficial, y quedaron solos los dos amantes.

Cárlos, aunque afectado por la necesidad de una última esplicacion, inclinóse como despidiéndose de Margarita, cuando esta asiéndole de la mano le dijo:

—Tengo que hablaros.

—¡Vos!—esclamó Cárlos aturcido.

—¿Es cierto—preguntó Margarita profundamente afectada— que os arrojaís á una muerte desastrosa é inevitable?

—Estraño que me lo preguntéis, cuando vos sois la única persona que podeis creerlo sin titubear.

—¡Ah! no me amais, supuesto que quereis morir.

Margarita no pudo continuar; sus lágrimas ahogaron su voz; y cayó sollozando en su silla.

Despues de una pausa, añadió:

—¡Y no os habeis acordado de mí!... ¡Qué ingrato sois!

Y nuevas lágrimas corrian á raudales por sus mejillas.

Cárlos, que hasta entónces habia aparentado alguna calma por la duda que tenia de si podia creer en su felicidad, cayó de rodillas á los piés de su amada.

Esta, sin dejar de llorar, añadió con vehemencia:

—No, no partireis si es cierto que me teneis amor... no ireis á que os asesinen...

—¿Y me amareis entonces?—preguntó Cárlos con el afán de una dulce esperanza.

—¿Y podeis dudar que ya os amo con delirio?—esclamó Margarita como fuera de sí.—¡Oh!... sí... vivireis... lo quiero... os lo mando...

Abria Cárlos sus lábios para responder, cuando sonó el reloj.

—¿Qué hora es esa?—esclamó palideciendo.

—La una.

—Ya es tarde, no puedo retroceder.

—¡Es tarde!—gritó Margarita.—¿Conque vais á morir?

—Acaso Dios me salvará para vos... lo espero así.

Apretó con exaltacion la mano de Margarita contra sus lábios y desapareció precipitadamente.

Todo el dia estuvo detenido en el campamento, distraido y preocupado:

Algunas veces sentia con furor tener que perder la vida.

Una idea le avasallaba sobre todas; ¿quisiera Margarita acordarle una última entrevista?

¡Oh! sí, pero ¿le seria posible?

Dominado por esta lucha interior, apenas se apercibia de los rumores del campamento que anunciaban la aproximacion del enemigo.

Decíase que parte del ejército austriaco trataba de verificar una sorpresa aquella noche.

Apenas paró atencion en la órden del dia proclamada á son de tambores para prevenir el menor ruido nocturno y prohibir que se encendiese lumbre, ni una sola luz en ningun sitio, bajo irrevocable pena de muerte.

Erale preciso que llegase la noche para verse libre un momento.

En fin, pudiendo disponer de sí por algunas horas, habíase

ausentado de su tienda para buscar una contestación, cuando una mujer se le aproximó en la oscuridad.

—Es una carta de mi ama—le dijo—leed.

Y se desvaneció como una sombra, después de haberle dejado un papel en la mano.

«Leed» le dijo.

Había olvidado la orden del rey que prohibía bajo pena de muerte encender una sola luz; y la noche, que poco antes había estado clara como el día por el resplandor de una magnífica luna, habíase puesto de improviso tenebrosa.

Es imposible describir la situación de Carlos cuando se acordó de la prohibición del rey.

Salió de la tienda esperando hallar aun bastante claridad en el cielo para leer aquella deseada carta; pero todo era silencio y oscuridad. El campamento entero dormía como un solo hombre.

Este silencio sepulcral era solo interrumpido por alguna voz de las centinelas, ó por el relincho de algun caballo.

Persistir en leer aquella carta en tal situación era peor que morir, era desobedecer al gran Federico.

Quiso persuadirse que sin duda la cita sería para el día siguiente, y que al amanecer podría leer aquellos renglones, que acaso contenían un cruel desengaño.

Con esta reflexión se tendió en la cama para dormir... ¡era imposible! ¡La carta no le dejaba dormir... la carta le hablaba... la carta vivía!

Carlos no podía resistir... y el cielo permanecía sombrío.

El amor todo lo atropella.

Carlos encendió una luz en su tienda y leyó con dulcísima emoción la primera carta de la mujer á quien amaba.

Decía así:

«Mi marido ha llegado poco después de haberos ido, y no me ha dejado hasta una hora hace; está toda la noche de servicio al lado del rey, y no volverá hasta mañana á las diez; venid mañana á las ocho si podeis á la entrada del bosque de San Enrique.

«Respondedme por escrito y echad esta noche la carta por debajo de la puerta.—MARGARITA.»

San Enrique estaba á corta distancia del campamento.

Su aislamiento había hecho elegir este sitio por el rey para las ejecuciones militares.

Carlos besó cien veces la carta; olvidó al rey y su prohibición; olvidó su marcha... no pensaba mas que en la dicha de ver otra vez á su amada; y ni siquiera se acordó de apagar la peligrosa luz.

Además, era preciso responder.

Carlos se sentó, y precipitadamente trazó algunas líneas; pero en el momento de sellar su carta sintió una mano en su espalda, y oyó una voz que le decía:

—¿A quién escribís?

Volvióse Carlos y vió brillar la placa real, y mas arriba destellar el rayo de un ojo de águila, de aquel ojo azul de Federico que conservó su color y su potencia hasta sus últimos años.

—¿Sois vos?—continuó el rey.—¿A quién escribís?

—Señor... á mi madre...

—Abrid la carta otra vez, y decid á vuestra madre que mañana á las ocho ya no tendrá hijo. Capitan—añadió Federico á un oficial que se había quedado detrás—os encargo esta noche la custodia del señor Albergheim en su tienda, y mañana le conducireis con vuestra gente al bosque de San Enrique para fusilarle á las ocho en punto.

—Estaba escrito en el cielo— pensó amargamente Cárlos— que habia de hallarme en el sitio de la cita á la hora exacta.

—Capitan—continuó Federico— tambien os encargo de mandar á su direccion la correspondencia del señor Albergheim, y cuidar mucho de que se cumplan sus últimas disposiciones. Y vos— dijo al desgraciado oficial— si teneis algo mas que escribir, aguardaré.

Y asíó la luz.

Cárlos escribió algunas líneas á su madre.

—He concluido, señor.

El rey aproximó la luz á sus lábios y sopló.

Después salió de la tienda, que estaba ya guardada por algunas centinelas.

Un minuto después de esta triste escena, desembarazóse la luna de las nubes, radiosa y brillante, é inundó todo el campamento de un resplandor inusitado.

Un cuarto de hora antes hubiera salvado á Cárlos, pero llegó como el perdon de una cabeza que acaba de rodar por el cadalso.

Un oficial de rostro colorado, poblado bigote y anchas espaldas, estaba de pié en medio de la tienda.

—No os molesteis, camarada—dijo á Cárlos— haced como sino estuviera presente. Soy el encargado por el rey de vigilaros. Es preciso que obedezca, aunque yo he nacido para hacer prisioneros mejor que para guardarlos, y con tal de que no os escapeis, os dejo en entera libertad.

Cárlos no respondió.

La sola palabra de un hombre habia resuelto el problema y cortado la cuestion de su existencia.

Su muerte, aunque no fuese mas que anticipada de algunos

días, le robaba la vista y el amor de Margarita.

En el caos de confusas ideas que trastornaban su fantasía, ya medio estraviada, el temor de que Margarita fuese puntual á la cita le atormentaba mas que todo.

Era pues preciso participarle cuanto ocurría; pero ¿de qué modo?

Cárlos no tenia á la sazón de quién disponer ni podia comunicarse mas que con el capitan que le vigilaba, y semejante misión era tan delicada que no podia resolverse á encargársela.

—Sin embargo, el semblante del capitan destellaba cierto aire de lealtad y hombría de bien, y la necesidad de prevenir á Margarita se hacia de hora en hora mas inminente, razones que alentaron á Cárlos á fiarse de él.

Era militar de honor y no le venderia.

Escribió pues al resplandor de la luna algunas palabras á Margarita; y con esta carta y la de su madre en la mano se acercó al confidente que le deparaba el destino.

En el momento en que iba á hablarle, presentóse un sargento.

—Capitan Ostermann—dijo— ¿hay que relevar el puesto?

—Ostermann!... Era el nombre del marido de Margarita.

Cárlos sintió brotar en su frente el sudor frio de la agonía, y rasgó una de sus cartas.

—¡Es su marido!—dijo para sí.— ¡Su marido el que ha de fusilarme!

Cuando el capitan hubo dado sus órdenes al sargento, volvió hácia Cárlos.

—¿Qué me quereis, camarada?—le preguntó.

—Haced de modo que mi pobre madre reciba esta carta—le dijo.